

LA MUJER MORISCA Y EL PERSONAJE DE "SALIMA" EN GRANADA, DE RADWÀ ĀŠŪR

Clara M^a THOMAS DE ANTONIO
Universidad de Sevilla

La profesora egipcia Radwà Āšŭr (n. 1946) confirmó en 1994 su maestría como narradora al publicar tres magníficas novelas, *Granada*, *Moraima* y *La partida*, reunidas en 1999 bajo el título de *Trilogía de Granada*¹. En ellas relata las peripecias de una familia morisca del Albaicín entre los años 1491 y 1609. *Granada* abarca de 1491 a 1527 y la protagonizan las primeras generaciones: los abuelos -el librero Abu Yáfar y su esposa-, la viuda de su hijo Yáfar, y los nietos -Hasan y Salima, junto a sus cónyuges e hijos y otros moriscos del barrio².

Uno de los aspectos más interesantes de *Granada* es la galería tan variada de personajes femeninos que ofrece, destacando el de Salima, morisca sabia y amante de los libros que acaba en la hoguera por practicar la medicina. Dada la extensión del tema, en este trabajo se hace sólo un esbozo de las principales figuras femeninas para luego centrarse en el análisis del personaje de Salima, en el que también se pondrán de manifiesto algunos rasgos de las demás.

1. MUJERES MORISCAS

En *Granada* aparecen varios arquetipos de mujer morisca, pertenecientes a distintas generaciones de la familia del Albaicín y de otra familia de Valencia. Entre esas mujeres sobresalen las siguientes:

- Om Yáfar.

Esposa del librero Abu Yáfar, ha perdido a su hijo Yáfar poco antes del inicio de la acción de la novela. Su nieta Salima se criará en su casa, en la que incluso vivirá tras su boda con Saad. Om Yáfar es una mujer inteligente, de mente abierta, alegre y positiva, que ama la vida y procura desdramatizar las situaciones y hacer grata la existencia a los demás. Siendo una mujer tradicional, es permisiva con sus nietos y disculpa el desinterés por las tareas del hogar de Salima y de Moraima, la joven esposa de su nieto Hasan. Siente gran curiosidad por todo lo que acontece y hace interesantes reflexiones sobre las limitaciones que los nuevos

¹ Para conocer más datos sobre su vida y su obra se puede consultar nuestro artículo "La inquisición y los moriscos en la novela *Granada*, de Radwà Āšŭr", *El saber en al-Andalus. Textos y estudios III*. pp. 205-233. Edición de Fátima Roldán e Isabel Hervás (Universidad de Sevilla, Sevilla, 2001).

² Para este trabajo se va a seguir la excelente versión realizada por Luz Comendador: Radwa Ashur, *Granada* (Ediciones del Oriente y el Mediterráneo, Guadarrama, 2000).

amos castellanos de Granada imponen a los moriscos. Pierde a su marido tras la quema en libros en Bibarrambla.

- Om Hasan.

La viuda de Yáfar es la madre de Salima y Hasan. Se llama Zainab y vive con sus hijos en la mansión familiar del Albaicín. Es una mujer de buenos sentimientos y desde su boda ha tratado de aprender de su suegra Om Yáfar. Om Hasan es el arquetipo de mujer tradicional, centrada en el cuidado del hogar y los hijos, y por ello espera y exige que su hija Salima y su nuera Moraima se atengan a ese modelo de mujer.

- Moraima.

Es la esposa de Hasan, con el que se casa a los 12 años y al que dará cinco hijas y un hijo. Todos ellos conviven en la mansión del Albaicín con su suegra Om Hasan, con los abuelos Abu Yáfar y Om Yáfar, y con Salima y Saad. Moraima es uno de los personajes más interesantes de esta novela y el eje de la siguiente. Aprende a leer gracias a Salima, y ambas mantendrán una gran complicidad en todos los terrenos. Al proclamarse el edicto de conversión forzosa, Moraima defiende la opción de quedarse en Granada, fingiendo la conversión pero manteniendo en secreto sus creencias; y será muy hábil para sacar de apuros a propios y extraños cuando sean descubiertos practicando sus ritos y costumbres.

- Aixa.

Es la única hija de Salima y Saad, pues su primer hijo ha muerto a los quince días de nacer. Tiene tres años cuando muere su madre y queda al cuidado de Moraima y de su padre. Su nombre árabe significa "la que vive". Este personaje apenas está esbozado al final de la novela, pero su nacimiento trae luz y dicha a toda la familia, que en esos momentos está pasando por graves dificultades. Tanto ella como sus primas -las hijas de Hasan- representan la esperanza de futuro. Por ello, su nombre cristiano será Esperanza, aunque su tío Hasan la llamará Ámal, su equivalente árabe.

- Las hijas de Hasan y Moraima.

Este conjunto de 5 niñas también aparece esbozado en el último tercio de la novela, cuando las tres mayores se casen con miembros de la familia Táher, se vayan a vivir con ellos a Valencia y tengan allí a sus hijos. Durante unos años los musulmanes del Reino de Aragón no son obligados a convertirse y viven mejor que los moriscos granadinos. La chicas se casan contentas, pues les gustan sus prometidos y ven el matrimonio como su destino natural, pero la situación les impedirá mantener contacto con sus familiares de Granada.

- Las mujeres de la familia Táher.

En esta novela son personajes muy secundarios, que sólo aparecen con motivo de la boda de tres de sus jóvenes con las hijas de Hasan y Moraima. Disfrutan de una buena posición, y también hay ciertas diferencias entre las dos generaciones esbozadas. La más destacada es la abuela, Om Abdelkarim, mujer muy tradicional y clasista.

2. EL PERSONAJE DE SALIMA

De todos estos personajes femeninos, el principal es el de Salima, que pasa en la casa familiar del Albaicín toda su existencia. Es uno de los ejes de la novela y representa el prototipo de mujer opuesto al de su madre. De inteligencia muy despierta, se casa con Saad a los 14 años y, tras morir su primer hijo, se refugia en los libros y en preparar remedios para curar las enfermedades. Años después, su marido se va a la sierra con los resistentes, y en una corta visita conciben a su hija Aixa. Pero el interés de Salima por los libros y su práctica de la medicina la hará caer en manos de la Inquisición.

A continuación vamos a analizar cómo evoluciona su personalidad con los acontecimientos, cómo llega a practicar la medicina y cómo muere en la hoguera acusada de brujería y apostasía.

2. 1. Evolución de su personalidad

El personaje de Salima aparece por primera vez, de modo tangencial, en el capítulo 3, cuando ya se ha descrito el proceso que llevó a las capitulaciones y a la toma de Granada y han quedado presentados los primeros personajes masculinos de la novela. Pero la primera descripción de su carácter la realiza la autora en varios fragmentos del capítulo 4: Salima es una niña de unos 9 años, que siempre ha demostrado un carácter rebelde, dominante y tenaz, así como una gran curiosidad intelectual. Su desinterés por las tareas del hogar preocupaba a su madre y a su abuela, pues "no sabía ni freír un huevo, mientras que a su edad las niñas de los vecinos ya ayudaban a sus madres en muchas faenas de la casa" (p. 43). Pero esto no le preocupaba a su abuelo, que valoraba más otras cualidades de Salima:

"Su mente era ágil como un molino que no parara de dar vueltas, de observar, meditar, preguntar y cavilar. Antes de cumplir los nueve años ya había memorizado un tercio del Alcorán, leía con soltura, escribía con buena letra y con claridad. Su maestro se hacía lenguas de su rapidez para entender y asimilar las reglas gramaticales que le enseñaba" (p. 44).

En efecto, Abu Yáfar se siente orgulloso de la inteligencia y curiosidad de su nieta, algo que ya se manifiesta en la conversación que ambos mantienen sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo:

"- ¿Por qué es nuevo, abuelo? -preguntó.

- Porque lo han descubierto hace poco... Antes no sabíamos que existía.

- ¡Pero eso no lo hace nuevo! La primera vez que lo oí llamar así me imaginé que era un mundo que Dios había creado tarde, y pensé que los árboles serían arbolitos pequeños y que en él todas las criaturas serían pequeñas y recién nacidas. ¡Qué boba soy...! -dijo riéndose de sí misma" (pp. 44-45).

Su precoz capacidad de razonamiento destaca durante el desfile del cortejo de Colón por Granada, al que acude con su hermano Hasan, dos años menor, y con dos empleados de su abuelo mayores que ella, Naím y Saad, que será su futuro marido:

"Salima exclamó eufórica:

- Dicen que la tierra que ha descubierto es toda de oro y plata, y que ahora va camino de Barcelona para entregar a los reyes los tesoros que ha encontrado.

- ¿Y por qué no se queda él con los tesoros? -dijo Hasan.

- Porque no son suyos -respondió Salima.

- ¿Y por qué? -le preguntó Saad.

- Los reyes pagaron el dinero que necesitaba para el viaje. Es como si lo hubieran contratado para que lo hiciera" (pp. 46-47).

Al contemplar el cortejo, Salima comprueba que "no es un mundo nuevo", sino "un mundo diferente" (p. 48); y su temprana sensibilidad ya es capaz de captar el sufrimiento ajeno: al ver la comitiva de los indígenas, se asombra de que los castellanos se rían de esos seres cautivos, se evapora su euforia y decide volver a casa, entristecida por su tragedia (pp. 49-50). También capta la emoción de Saad al identificarse con los cautivos, aunque ella aún no sabía que él había perdido a su familia a manos de los cristianos durante el asedio de Málaga (p. 54).

Salima y Hasan recibían mucho cariño de sus abuelos, que les mimaban para compensar su temprana orfandad. El abuelo les concedía todo lo que pedían y se desvivía por darles una buena formación, pues tenía depositadas en ellos todas sus esperanzas. A Hasan le llevó a estudiar con un eminente alfaquí a los siete años, y para Salima "llevó a casa una persona que le enseñara a leer y escribir" (p. 58). Aunque le decían que en esos difíciles momentos que vivían los moriscos era un despilfarro lo que gastaba para educar a sus nietos, él se obstinaba en hacerlo, pues renunciar a su educación era renunciar al futuro (p. 59). Los progresos de Hasan y de Salima -que "de versos (...) sabía de memoria lo que hombres bien barbados no habían conseguido memorizar" (p. 60)-alimentaban aún sus sueños de una pronta liberación de Granada.

Cuando Saad se enamora de Salima, ella percibe algo extraño, pero a sus nueve años no sabe cómo reaccionar, ya que nadie había alentado en ella la idea del matrimonio: el abuelo, el personaje más influyente en su vida, no pensaba del modo tradicional, y a su madre viuda le aterraba perderla.

"Salima no era consciente de su feminidad como muchas niñas a las que, a esa edad, las familias ya preparaban para el matrimonio. Aunque jamás lo mencionara a nadie, Abu Yáfar albergaba en su fuero interno el deseo de que Salima fuera como Aixa Bint Ahmad, gala de las mujeres de Córdoba, de sus varones incluso, a quienes superó en discernimiento, ciencia y cultura. No le preocupaba la cuestión de casarla, ni hizo que a ella le preocupara. La misma

actitud adoptó su madre, aunque por sus propias razones: era tal el apego que tenía a su hija, que la espantaba la simple idea de que se separara de ella para vivir lejos con un extraño y en casa ajena" (pp. 58-59).

La curiosidad de Salima es fuerte, lo que la lleva a desear traspasar las barreras que mantenían a las mujeres recluidas en el hogar. Cuando estalla la revuelta del Albaicín por los desmanes de Cisneros y la continua violación de las capitulaciones, los hombres se hacen dueños de nuevo de la mezquita del barrio, que los cristianos habían convertido en iglesia. Salima, que está en casa con las demás mujeres de la familia, se emociona con la noticia:

"Pidió a su hermano que se sentara a contarle lo que había pasado en la mezquita, que le refiriera todos los detalles sin dejar escapar nada; quería enterarse como si hubiera estado allí, participando en la sesión con los hombres" (p. 84).

Cuando Saad llega a los veinte años, acaba con sus dudas y se decide a pedir en matrimonio a Salima, que ha cumplido los catorce. Hasan y la abuela están de acuerdo, porque Saad es buena persona y al abuelo le habría gustado ese matrimonio; además la pareja se iba a quedar a vivir en la mansión familiar. Así que se lo proponen a Salima y a su madre. A pesar de esos argumentos, la madre se opone, porque Saad es pobre y no conocen a su familia, desaparecida en el sitio de Málaga. Piensa que Salima no va a aceptar, pero, ante la sorpresa de todos, Salima acepta enseguida; sin embargo, por la noche no logra dormir, dando vueltas al asunto:

"Se preguntaba por qué había contestado con tanta determinación. Si ella nunca había pensado en casarse con Saad, ni con nadie. Le extrañó su pedida, le resultó algo incomprensible e inesperado. Ahora le tocaba pensar cómo reaccionar ante la petición. La cuestión no era si rechazarla o aceptarla, sino reflexionar antes de hacer una cosa u otra. Convertirse en la mujer de un hombre, obedecerlo, servirlo, darle hijos... ¿Por qué? Cuando la madre empezó a enumerar sus objeciones a Saad, ella se sorprendió a sí misma tanto como le había sorprendido que la pidiera, y había exclamado: '¿Nunca encontraría un marido como Saad!' ¿Acaso se había puesto ella a buscar marido como para dar esa contestación? Ahora debía pensar con tranquilidad. Tampoco se iba a venir el cielo abajo porque amaneciera diciendo que no quería casarse con Saad ni con ningún otro. Además, si no fuera porque le fastidiaron las palabras de su madre, no lo hubiera dicho" (pp. 97-98).

Al final Salima accede a casarse. Saad le compra una cría de gacela como regalo de compromiso. Salima se asusta al intentar acariciarla, pero enseguida se encariña con ella y quiere que duerma en su cuarto. Como la madre se niega, Salima

duerme en el porche con la gacela, ante la sonrisa cómplice de su abuela (pp. 105-106).

La autora hace un delicioso relato de los preparativos de la boda, y en especial de la escena del *hammām*, al que acuden en comitiva las mujeres de la familia y del barrio, acompañadas de sus niños y de las chicas de la edad de Salima, para cumplir el ritual de embellecer a la novia dos días antes de la boda (pp. 106-112). Pero Salima, que se somete dócilmente a todos esos ritos, se siente ajena a lo que la rodea:

"Contemplaba el lugar, lo observaba, se observaba a sí misma y se asombraba. No acababa de comprender del todo. Hubiera querido estar con su gacela, acariciándole la cabeza o persiguiéndola mientras se movía ligera y grácil en la intimidad de la casa" (p. 112).

Se celebra la boda y comienza su vida de casada en la mansión del Albaicín. Al principio, la madre y la abuela les ven felices. Salima está contenta y da la impresión de que se ha vuelto más modosa. Acaba de descubrir sus propios sentimientos:

"Ahora le parecía que había estado inspirada, porque aceptando a Saad se había acercado más a él, y al acercarse lo amó.

La primera noche, Saad se acercó a ella con timidez, y ella a él sin saber cómo, pero se encontraron; y al encontrarse, una calma inusitada los envolvió, una calma que a ella le estalló en un torrente de cariño y ternura que no sabía que llevara dentro" (p. 121).

Pero, a los pocos días, ambos amanecen pálidos y con ojos de haber llorado. Muy preocupadas, les espían, descubriendo sólo que se pasan la noche hablando en voz baja. Y es que Saad le ha estado contando a Salima las desgracias de su familia en el asedio de Málaga. Así Salima y Saad continúan su vida conyugal, compartiendo confidencias y juguetes con su gacela. Cuando él se iba a trabajar, ella hacía rápidamente las faenas caseras para volver a estar con su gacela y leer algún libro (p. 120). Salima "crecía silvestre e indomita a la sombra de Saad, solícito a pesar de que la tristeza que invadía sus ojos lo dominaba a veces y se lo llevaba tan lejos que nadie podía alcanzarlo" (p. 165). Salima queda pronto embarazada, al igual que su cuñada Moraima, tres años menor que ella. Ambas, que vivían bajo el mismo techo, se hacen muy amigas y se van desentendiendo de las tareas del hogar. Om Hasan empieza a quejarse de su nuera, pero no de su hija, y la abuela las justifica a ambas por su juventud (pp. 151-154). Salima decide enseñar a leer y escribir a Moraima:

"A las conversaciones sin fin de la dos jóvenes se añadieron entonces las sesiones diarias en las que Moraima tomaba su tablilla y Salima, sentada delante, iba dictándole letras y palabras que luego le corregía.

Om Yáfar y Om Hasan preparaban la comida, hacían la limpieza y

lavaban la ropa sucia mientras las muchachas se quedaban sentadas, sin moverse. Incluso cuando no estaban charlando o estudiando, se sentaban una junto a otra. Salima leía alguno de sus libros y Moraima bordaba pañales para su futuro hijo y el futuro hijo de Salima" (p. 155).

Cuando Salima está en los últimos meses del embarazo, muere su querida gacela, lo que la afecta de forma profunda. Pero enseguida nace la hija de Moraima y luego su propio hijo, que llenan la casa de alegría. La vida en todo su esplendor estalla dentro de Salima con unas sensaciones que hasta entonces desconocía:

"Había tenido un parto difícil que a punto estuvo de desgarrarle el cuerpo, de acabar con él. Y sin embargo su cuerpo, tenso como la cuerda de un arco, había soportado lo insoportable hasta que el niño sacó la cabeza, y ella lo oyó gemir débilmente. Entonces lo cogió en brazos y lo miró, lo palpó, le besó la cara y notó su sabor en los labios. Luego le subió la leche, le acercó un pezón a la boca y sintió que se le estremecían las entrañas, como si brotaran para alimentar a una planta que crece. No era alegría lo que le llenaba el pecho (...). Era algo que se derramaba por el alma y el cuerpo, que se metía en él llevando temor, alegría, espanto, sorpresa y mil cosas más; como si se juntara la vida con sus colinas, sus ríos y sus cielos, el sol del día, las estrellas de la noche y la luna allá en lo alto. Todo se juntaba y concentraba allí en el instante en que la boquita rozaba el pezón, y el pecho se inclinaba y ofrecía una leche que sólo Dios sabía de dónde venía y cómo, pues era igual que un manantial milagroso que surgiera del vientre de la tierra, o una lluvia mansa que cayera del cielo sin descanso" (p. 169).

Pero esa nueva vida se trunca a los quince días de nacer, y el golpe es ya tan terrible que Salima se encierra por completo en sí misma, refugiándose en los libros en busca de remedios contra la muerte:

"Cinco hijos tuvo Moraima después de Rucáia, el último de los cuales fue varón y recibió por nombre Hicham. A Salima no le dio Dios ninguno, aunque cómo iba a dárselos si rehuía a Saad, entregada como estaba a leer libros, mezclar hierbas, fabricar compuestos, pomadas y pócimas" (p. 174).

Su abuela se muestra comprensiva con Salima, aunque le inquieta que descuide a su marido. Naím aconseja a su desesperado amigo Saad que la azote para hacerla reaccionar, o que sea cariñoso, o que rompa los frascos y destruya los libros que la estaban sorbiendo el seso. Y la madre discute acaloradamente con ella, sin lograr que cambie de actitud:

"De nada sirvieron los repetidos gritos de Om Hasan ni su intento de devolver a su hija al redil de la mayoría de las mujeres, que hacían felices a sus maridos dándoles hijos e hijas, alcoholándose los ojos y mostrando

rostros alegres y cuerpos perfumados, ungidos con almizcle y jazmín" (pp. 174-175).

Los intentos de Saad por llegar a Salima son infructuosos, pues ella se dedica en cuerpo y alma a su lucha contra la muerte, una tarea que "le había caído del cielo como una condena" (p. 176). Un día, desesperado, discute con ella, se acalora, la golpea y se marcha de la casa. Cuando vuelve, Salima toma la iniciativa de hablar tras su prolongado distanciamiento:

"-Hiciste mal en pegarme, Saad. Pegándome provocaste que Hasan lo hiciera también. Nadie me había pegado nunca, ni siquiera mi padre, ni mi abuelo.

Se quedó callada un momento y luego continuó:

- Yo también te hice daño al decir: 'Esta casa es mía... Si me quieres, quédate, y si no me quieres, vete'. Fue una crueldad que dije en un arrebato de cólera.

Salima lo estaba observando con aquella mirada suya clara y directa, y él veía en sus ojos azules la luz que años atrás lo había cautivado. Tragó saliva y respondió como pudo:

- No pretendía hacerte daño. Es que esos potingues que te pasas preparando día y noche me sacan de quicio, Salima. No soporto cómo huelen, me provocan pesadillas -volvió a tragar saliva-, pesadillas y más pesadillas.

- Si quieres, me llevo todo a otro sitio. Pero, te lo ruego, Saad, no me pidas que lo deje... Lo necesito como necesito estos libros que tanto te alteran. Lo necesito.

Saad notó que las lágrimas asomaban a sus ojos y, viendo más allá de aquellas lágrimas el tesón de Salima, supo que jamás podría interponerse entre ella y su voluntad. No sólo porque fuese incapaz de doblegar su obstinación, sino porque no lo deseaba" (pp. 178-179).

Y así sigue Salima, "enfrascada en sus calderos y sus frascos" (p. 185), durante varios años, mientras la situación de los moriscos, obligados a convertirse, se torna cada vez más difícil. A pesar de que su familia simulaba cumplir las normas impuestas e iba a misa los días de precepto, Salima ya "había zanjado la cuestión años atrás, cuando anunció tajantemente que no iría a no ser que la atasen con cuerdas y tiraran de ella como se hace con las bestias" (p. 226). Saad, que había estado ayudando a la resistencia desde la casa del Albaicín, acaba marchándose a la sierra para no poner en peligro a la familia con sus actividades, como teme Hasan. Salima, aunque siente que se vaya, acepta su decisión (pp. 193-198).

Al cabo de tres años Saad vuelve a visitarla. Y esa vez su encuentro es pleno y apasionado (pp. 233-234). Pero él vuelve a marchar a la sierra sin saber que ella ha quedado embarazada. Salima da a luz a una niña, a la que pone Aixa, aunque en los papeles se llamará Esperanza y Hasan la llamará Ámal. Este nacimiento devuelve la alegría a la casa, y Salima la cría con pasión, esperando el regreso de su padre (p. 243), pues no sabe que ha sido apresado por la Inquisición. Saad pasa

otros tres años en prisión, donde piensa en sus seres queridos y tiene una percepción más clara de Salima:

"Hasta él llegaba el rostro moreno y delgado de Salima, sus ojos azules que no se sabía si brillaban de terca osadía o de una delicadeza que por pudor simulaba obstinación, sus labios carnosos que despertaban el deseo y su cabeza coronada de una abundante melena rizada. En la cárcel, Saad vio a Salima con una claridad con la que nunca la había visto antes. Vio su cara, su figura, la ligera inclinación de su talle cuando caminaba como si deseara que su tronco precediera sus pasos. En la cárcel, escuchó su voz mientras hablaba, reía, se enfurecía o permanecía callada sin decir nada. La vio siendo niña, en vida de Abu Yáfar; y de muchacha, cuando ocupaba su corazón y sus noches; y de mujer, acercándose obsequiosa y apartándose esquiva sin razón comprensible" (p. 276).

También la familia va aceptando y valorando la actividad de Salima, que ya ha alcanzado un gran prestigio en su práctica de la medicina. Su hermano Hasan, responsable de todos los que viven en la mansión familiar, está algo más tranquilo, pues han logrado una cierta estabilidad, a pesar de la difícil situación de los moriscos:

"Incluso Salima, con lo terca que era y la vida tan extraña que había elegido -y que a él tanta inquietud le causaba- había terminado por otorgar a su casa del Albaicín consideración y dignidad. (...) Dios había concedido a Salima el don de la sabiduría, el conocimiento, el amor a la gente, y también aquella pequeña Ámal, que llenaba la casa de alegría con su risa fresca y su gracia" (p. 301).

Hasan quiere tanto a su sobrina Ámal que le propone a Salima comprometerla ya con su hijo Hicham. Y Salima, muerta de risa, le responde con mucha sensatez y una gran lógica no exenta de sentido del humor:

"- ¿Aceptarías a Hicham como marido para Ámal?

Salima se echó a reír, tan alto que la niña se revolvió en su cama como si fuera a despertarse, pero siguió dormida. Aquella risa lo dejó confuso:

- ¿De qué te ríes? -dijo en tono algo molesto.

- De que mi hija Aixa tiene tres años, y Hicham aún no ha cumplido los nueve.

- En una abrir y cerrar de ojos te la encontrarás hecha una mocita de diez y a Hicham un muchacho hecho y derecho.

- Esto es adelantar demasiado los acontecimientos, Hasan. Y además, cuando llegue ese momento nos enfrentaremos a la pragmática de los castellanos que prohíbe el matrimonio entre parientes.

- ¡Que se vayan al infierno! No entregaré a Ámal a un extraño que se la lleve de casa.

Salima sonrió siguiéndole la corriente. Tenía la sensación de estar participando en un curioso juego en el que intervenían factores ocultos y un futuro lejano.

- Y los papeles, ¿cómo los conseguiríamos? Y cuando tuvieran niños, ¿no serían según la ley castellana hijos ilegítimos?

Hasan exclamó contrariado, como si hiciera frente a un problema que debiera solucionar sin dilación:

- Ya encontraré una salida. Saad es de Málaga, y Ámal lleva su apellido. En los papeles negaré que soy su tío y que tú eres su madre.

Salima rió bajito esta vez, mirando a la niña dormida mientras decía en tono burlón:

- ¿Y por qué no redactas ya el acta de matrimonio? Así no tendríamos más que esperar unos añitos a que maduren el niño y la niña, y anunciamos la boda" (pp. 303-305).

Pero esa relativa tranquilidad que la familia ha disfrutado, a pesar de la ausencia de Saad, quedará trastornada poco después, cuando Salima sea detenida por la Inquisición y condenada a morir en la hoguera, tema con el que acaba esta primera parte de la *Trilogía de Granada*.

2.2. Su proceso hacia la práctica de la medicina

Desde muy pequeña Salima muestra una mente despierta e inquisitiva. Su temprano contacto con la muerte le crea muchos interrogantes que la llevan a reflexionar, a leer libros, a indagar, a experimentar y a buscar remedios para curar a propios y extraños. Y ese ejercicio libre de la medicina será interpretado por la Inquisición como brujería.

2.2.1. Reflexiones sobre la vida, la enfermedad y la muerte

Su primer contacto con la enfermedad y la muerte lo tiene Salima al morir su padre, cuando ella no tenía ni cuatro años:

"- ¿Por qué se queja?

- Porque está malo.

- ¿Y cuándo se va a poner bueno?

- Cuando Dios lo permita.

Pero lo que Dios permitió fue otra cosa. Y se lo llevaron a la tumba.

- ¿Adónde se ha ido?

- Se ha muerto.

- ¿Y qué quiere decir 'se ha muerto'?

- Que Dios lo eligió para que esté a su lado, en el Paraíso.

Imaginaba que Dios le había otorgado la gracia de que se sentara a su lado, en un asiento grande, en un jardín más bonito que las huertas de Aynadamar, donde el agua corría a borbotones entre árboles altos y flores de

todos los colores. Y no sabía si pedirle a Dios que la eligiera a ella también para vivir con Él en aquel sitio tan bello o quedarse con su abuelo, su abuela, su madre y su hermano. O si no, decirle que se los llevara a todos juntos. Pero, ¿y las niñas con las que jugaba? Tal vez fuera mejor quedarse..." (pp. 74-75).

Un año más tarde, encuentra una lagartija que no se mueve al acercarse ella. Cuando la abuela le dice que está muerta, le pregunta si las lagartijas van al cielo. La abuela no sabe responderle, y la pregunta le rondaría largo tiempo por la cabeza. Meses más tarde, se lo pregunta a su abuelo, pero la respuesta que le da le crea nuevos interrogantes:

"Esa pregunta quedó pendiente. Más tarde, otras acudieron a su cabeza: ¿Para qué servían las lagartijas, los murciélagos y los alacranes? ¿Por qué los había creado Dios primero y luego los mataba?

Meses más tarde le preguntó al abuelo:

- Cuando se mueren los alacranes y las lagartijas, ¿van al cielo como las personas?

Su madre la apartó de allí (...) Parada en la puerta, pensó que no era lógico que los alacranes, las lagartijas y las víboras que se morían fueran al Paraíso a asustar y molestar a la gente. Y volvió corriendo a donde estaba el abuelo:

- Abuelo, ¿a dónde van las lagartijas después de morirse, al Paraíso o al infierno?

- Al infierno.

- ¿Y qué han hecho para ir al infierno?

- Daño a la gente, por eso van al infierno.

Dejó a su abuelo y se fue a la calle no muy convencida de lo que había escuchado. Raro era que los alacranes fueran al Paraíso, y más raro aún que fueran al infierno. ¿Acaso no había creado Dios a los alacranes picadores y dañinos? Si ellos no habían elegido ser así... ¿a qué venía castigarlos por algo que ellos no habían elegido?" (pp. 75-76).

Esas tempranas reflexiones darán paso a otras posteriores, en especial cuando muere su abuelo tras la quema de libros en Bibarrambra. Después del entierro, las mujeres acuden a dar el pésame a la familia, pero Salima, que tendría unos doce años en ese momento, parece ser la única en comprender la razón de aquella muerte:

"Salima era la única que no lloraba ni hablaba con las mujeres allí sentadas. Decían: 'A cada cual le llega su hora'. Pero, ¿era aquélla su hora de verdad? ¿O había sido la quema de los libros lo que lo había matado?" (p. 74).

Y de noche, ya en la cama, siguió despierta cavilando, pues ni ella ni Saad ni

Naím habían muerto a pesar del horror que sintieron por la quema de los libros. Sólo había muerto el abuelo, así, de repente, y sin haber enfermado antes, como había pasado con su padre (p. 74).

Años más tarde, cuando muere su querida gacela, los interrogantes vuelven a agolparse en su mente:

"Pero, ¿cómo y por qué había muerto? A fuerza de hacerse preguntas, a Salima se le olvidaba incluso la pena que sentía (...) ¿Era Dios quien había causado su muerte? ¿Qué querría Dios todopoderoso de una gacela que era como un soplo de brisa que aliviaba el corazón y amansaba el espíritu? Puesto que Dios no es un tirano, ¿habría sido el demonio? Pero, ¿qué era el demonio? ¿Quién lo habría creado para soltarlo luego entre los humanos? La abuela decía que la muerte era un hecho, el destino de todo lo vivo. El abuelo Abu Yáfar murió, pero era viejo. Y la vida, a medida que avanza, se acorta. Y cuanto más crece el cuerpo, más envejece. Ocurría lo mismo que con los frutos, que alcanzan la madurez y luego se pasan; o con las telas, que con el tiempo acaban por desgastarse. Pero la vida de la gacela no se había prolongado hasta el punto de tener que quebrarse. Una gacela tan bonita... con unos ojos en los que brillaba la vida, tan saltarina... ¿Quién le habría arrebatado la vida? ¿Un alacrán, o algo semejante que hubiera inoculado su veneno amarillo hasta extender la muerte por sus tiernos tejidos?" (pp. 166-167).

Poco después la alegría por el nacimiento de su primer hijo queda de nuevo truncada por su prematura muerte, sumiéndola en un profundo abismo de dolor y en la tortura de las dudas y los interrogantes sin respuesta:

"¿Era Dios malvado y pretendía hacerle daño? ¿O lo había sido Saad al concederle algo que no iba a durar? Algo que mudó la ilusión de un regalo en un dolor que le invadía el alma y la torturaba (...).

Durante dos semanas Salima estuvo con su niño sin ver ni oír más que aquella frágil existencia que la tenía presa, que le bastaba por sí sola, que le hacía prescindir del mundo y de sus gentes. Y luego Dios se lo había llevado. ¿Por qué había tenido que llevárselo?" (pp. 168-169).

Tres años antes de ser condenada a la hoguera, muere su abuela. Y ella se mantiene al margen de los preparativos que hacían las demás mujeres para el duelo, retirándose a su cuarto invadida por tremendas dudas y una enorme sensación de impotencia:

"Pensaba en la muerte, que somete y humilla, en la impotencia del hombre ante la muerte; y en Dios, que allá en el cielo, quién sabe si estaría presenciándolo todo en silencio, indiferente. ¿No era acaso Él quien tenía el alma en sus manos? ¿Por qué lo haría? ¿Por qué la soltaría primero para que

se posara un tiempo en el corazón, y luego la llamaría y la haría partir dejando abandonado su amable nido? Dios se le antojaba oscuro, incomprensible e implacable cuando cargaba a sus siervos con más de lo que eran capaces de soportar. Se fijó en la imagen de su abuela, serena en la muerte, sintió un escalofrío, un nudo le atenazó la garganta y los ojos se le anegaron en lágrimas. La abuela muerta, igual que la gacela, igual que el pequeño al que ella amamantó. ¿Cómo? ¿Por qué?" (p. 207).

2.2.2. Su amor a los libros

Fue su abuelo, el librero Abu Yáfar, el que inculcó en Salima el amor a los libros, que ella escondería, conservaría y leería con avidez, y que se convertirían en una necesidad vital casi siempre incomprensida por los que la rodeaban.

En 1499 Cisneros ordena confiscar los libros de las mezquitas y escuelas de Granada, y los libreros tratan de poner a salvo todos los que pueden. Abu Yáfar se lleva varias docenas a una casa que tiene en Aynadamar y los esconde en el sótano. Salima, a la que no le gustan las tareas domésticas, deja pronto a la madre -ya temerosa de la afición a los libros de su hija- y a la abuela, y baja al sótano a ayudar a su abuelo con los libros (pp. 67-68). Y cuando poco después escucha la noticia de que van a quemar los libros confiscados, acude rauda junto a su abuelo a la plaza de Bibarrambla. Allí, todos contemplan atónitos e incrédulos cómo iban amontonando los libros en el suelo. Abu Yáfar estaba destrozado, sin percibir "que Salima le apretaba la mano hasta clavarle las uñas, sin oír su voz que se alzaba insistente: 'No van a quemar los libros, ¿verdad, abuelo? ¡No los pueden quemar!' (p. 71). Pero los quemaron, y "Salima no pudo soportar la escena (...) y se fue corriendo" (p. 71).

La quema de libros es un golpe mortal para las esperanzas de Abu Yáfar, que pierde la fe y muere esa misma noche. Salima sufre tanto por este suceso y por la muerte de su abuelo que enferma. En medio de la fiebre se despierta sobresaltada imaginándose la escena de Bibarrambla. Cuando se recupera, la familia piensa que se ha vuelto loca porque está empeñada en irse a la casa de Aynadamar, aunque sea sola. Ante su obstinación, le siguen la corriente, y la acompañan. Allí hace una lista con el autor y el título de los setenta y seis libros que Abu Yáfar había escondido en el sótano y luego se la dicta a su hermano, diciendo: "Quiero que haya dos copias" (p. 78).

Al morir su gacela y su primer hijo, los libros se convierten en su refugio contra el intenso dolor que siente y en su forma de luchar contra la muerte:

"Al principio eran los libros los que la tenían embebida. Velaba para leerlos, hacía anotaciones bajo algunas líneas y escribía comentarios en los márgenes" (p. 174).

Su pasión por la lectura la lleva a quedarse con un nuevo invento que Naím había traído a escondidas: las lentes del padre Miguel, a cuyo servicio trabajaba desde

hacía tiempo. Era tan fácil leer con ellas que finge que se habían roto y se la queda (pp. 189-191).

La muerte de su abuela la conduce a releer los pocos libros árabes que ha podido adquirir o conservar a pesar de las prohibiciones. Naím le traía a escondidas algunos libros de la biblioteca de su amo, el padre Miguel, y ella los tenía que leer de prisa para devolvérselos:

"Cuando Naím le traía un libro, ella esperaba a que se hiciera de noche y entonces se ponía a leerlo, a esforzarse por comprender, y hacía anotaciones hasta que, agotada por el trabajo, caía vencida por el sueño con la cabeza repleta de pensamientos que se agolpaban junto al miedo de que se llevaran los libros. Luego se despertaba espantada y seguía leyendo hasta que llegaba Naím y devolvía los libros a su sitio en la biblioteca del clérigo" (p. 210).

Otros los compraba a altísimos precios, arriesgándose a confiar en cualquiera que pudiera ponerla en contacto con quien los vendiese. Su amor a los libros la lleva a criticar a quienes los vendían, prefiriendo un dinero que les arrebataría la muerte:

"Si su madre, su abuela, o incluso Moraima -a quien no ocultaba que compraba libros- hubieran sabido cómo se hizo con *Al-Yami* de Ibn al-Baytar y lo que pagó por él, la hubieran acusado de estar loca. (...) Pero el día en que cogió todos los volúmenes que componían la obra, los apretó contra su pecho en el que el corazón le latía a toda prisa como si bailara desahogado y se le hiciera estrecha aquella jaula.

¿Qué significaba el dinero ante aquella enciclopedia que explicaba el efecto de todas las plantas? Sabio era el que la compraba, y absolutamente necio quien la vendía, tan necio como aquellos que disipaban los días, las noches y el buen juicio intentando convertir en oro la chatarra. En el supuesto de que lo consiguieran, ¿qué habrían conseguido si la muerte acechaba, si enviaba mensajeros que traspasaban los muros con enfermedades fulminantes para luego aparecer ella aplastando el cuerpo bajo los cascos de sus artes victoriosas? No, no lo consiguieron, sólo disiparon sus vidas y los frutos de su mente" (pp. 212-213).

Y de la casa de Aynadamar se había llevado cinco, entre ellos la *Risāla* de Hayy Ibn Yaqzān. Lo tenía desgastado de tanto leerlo, en especial la página -que la autora introduce en el texto- sobre la investigación que aquél hizo al morir la gacela que le había amamantado (pp. 208-201)-. Al pensar en otro de esos libros, el *Canon* de Avicena, se consolaba porque valía por cien. Leer era su única forma de sentirse libre:

"Se ahogaba en la cárcel de una época mezquina en la que conseguir un libro constituía un delito castigado, en la que el estudio requería cautela, secreto

y ocultación; y no sólo ante extraños que pudieran espiarte, sino incluso ante los más cercanos. No le era posible leer de día porque la veían Hasan, su madre o los niños usando las lentes que le quitó a Naím. Por eso esperaba a que cayera la noche, a que todos los de la casa se hubieran metido en la cama. En ese momento encendía la lámpara y leía. Y la cárcel se agrandaba, poco a poco se agrandaba, y se difuminaban los barrotes a la luz de un sol que irradiaba del libro y de su mente.

¿Qué buscador del saber era aquel cuyo bagaje se limitaba a diez libros? Salima se lo repetía con amargura, volviendo la vista a aquella época que conducía a sus hijos de la mano a las grandes bibliotecas, que contaba con la protección de un emir sabio, en la que se viajaba para dar respuesta al deseo de conocer a los ulemas de Egipto y Siria... Entonces podías quedarte o marchar, que en ambos casos el sol de mil libros te inundaba, ellos constituían tu estudio, eran tu maestro. ¿Cómo iba ella, desde su angosta prisión castellana, a desentrañar el misterio de por qué aquel gorrión partió obedeciendo la ley de un amo inexorable?" (pp. 211-212).

Tras la nueva Pragmática del emperador Carlos, Salima decide esconder los libros que aún quedaban en Aynadamar:

"Lo que la pragmática dictaba sobre la obligación de entregar los libros árabes para su inspección horrorizó a Salima, porque sabía que 'inspeccionar los libros' significaba confiscarlos. Sabía también que Hasan acataría las nuevas órdenes y que de nada serviría que ella intentara convencerlo de lo contrario" (p. 286).

Ayudada por la ingeniosa Moraima, se van a la casa de Aynadamar, los meten en cinco sacos y a hurtadillas los llevan a su casa del Albaicín. Y allí los guardan en el baúl de Moraima, en su propia alcoba, donde nunca se le ocurriría a Hasan buscarlos si sospechaba que los habían escondido. "Y Salima la abrazó con fuerza sin decir nada, con los ojos inundados de lágrimas" (p. 288).

Y cuando sea condenada a la hoguera, acusada de brujería, repasará su vida y recordará a su abuelo, la primera persona que le inculcó el amor al saber, a los libros, a convertirse ella misma en libro:

"Corría hacia la imagen de su abuelo, el gran Abu Yáfar, que trazó la primera palabra en el libro. No había sido ni su padre ni su madre, sino Abu Yáfar el primero que lo hizo, cuando anunció que la educaría igual que a Hasan y susurró a su esposa que Salima sería como las mujeres sabias de Córdoba. Su abuela se había reído al repetir aquellas palabras. Y al escucharlas Salima, se convirtieron en lo primero que escribía en su libro" (p. 339).

2.2.3. Su práctica de la medicina

Si en un principio Salima leía y experimentaba para hallar respuesta al gran interrogante de la muerte, más tarde tendría que limitarse a hacerlo con un objetivo menos ambicioso, el de luchar contra el dolor y la enfermedad, como reconocería repasando su vida antes de ir a la hoguera:

"Ella, Salima Bint Yáfar, en un arranque de euforia había querido vencer a la muerte y luego se había echado atrás y había aceptado una empresa menos descabellada. Leyó libros, asistió a enfermos y derribó aquello en lo que se apoyaba la opresión de los castellanos. Cuando caminaba por los mercados no ocupaban su mente los puestos, sino el rostro de una mujer a la que dio un remedio que no la curó. Escrutaba su cara, sus síntomas, no paraba de darle vueltas a la cabeza preguntándose cuál sería el remedio" (p. 338).

Estudiaba los pocos libros que estaban a su alcance, y luego experimentaba, sacaba conclusiones, reflexionaba, se hacía preguntas y escribía sus comentarios (p. 212):

"Salima tenía la firme convicción de que la enfermedad se hallaba en el cuerpo y de que su impulso motor estaba en él. Qué sería, de dónde procedería y por qué se marcharía eran cuestiones que le quitaban el sueño, que rebasaban sus capacidades, pero que no conmovían su certidumbre. Ahogaba las dudas en los pormenores del estudio cotidiano de los múltiples males que afectaban al cuerpo, los observaba, producía para ellos las armas más afiladas, recurría a los libros y se volcaba en los experimentos. Sus ollas, botes, pomos y cajas rebosaban de hierbas verdes y secas, de mezclas, ungüentos y compuestos con los que trataba a la gente. Y una vez fracasaba, pero algunas acertaba y sonreía satisfecha, aunque sin olvidar del todo aquella amargura que se le había metido en un rincón del corazón. La amargura de saber que todas sus victorias eran parciales, porque la muerte es larga, y tiene poder para descargar su espada poderosa en cualquier instante lanzando una carcajada de triunfo" (p. 213).

Salima empezó a preparar remedios el morir su primer hijo, intentando vencer a la muerte y como forma de superar el dolor. Leía e investigaba para hallar remedios, que luego recetaba a sus vecinas:

"Se dedicó a preguntar a las curanderas, a interrogarlas sobre viejas recetas para curar las dolencias. Y empezó a comprar calderos, botellas, vasos y pomos. Mezclaba hierbas frescas y secas, las maceraba, amasaba, calentaba, enfriaba y destilaba. Las vecinas del barrio acudían a pedirle consejo para una enfermedad o cualquier otra cosa" (p. 174).

Cuando la familia Táher llegó de Valencia a pedir en matrimonio a sus sobrinas, la abuela Om Abdelkader sufrió una fuerte diarrea, y Salima la trató con buenos

resultados, a pesar de sus reparos, pues "desde la primera vez que vio a Salima tuvo por mal agüero su raro aspecto, su pelo desgredado y su mirada perdida" (p. 264).

Ésta es una de las pocas ocasiones en que la autora describe el modo en que Salima practica la medicina: observa detenidamente al paciente, hace el diagnóstico preciso, prepara de forma minuciosa la medicina adecuada y se la administra, explicándole sus efectos:

"Salima examinó a Om Abdelkarim. Le exploró el pecho, el vientre, los ojos, la garganta, le tomó el pulso, se fijó en el color de las uñas y al final dijo que no era cosa de importancia. Lo dijo con mucha seguridad.

(...) Ni siquiera su resistencia a tomar el remedio que le dio Salima pudo durar (...) Y encomendándose a Dios, se lo tomó. Salima le dio primero un cocimiento de cáscara de granada con romero. Como esa receta la conocía, se la tomó y se le cortaron los vómitos y la diarrea. Aún así las dudas no desaparecieron, y cuando Salima le llevó un nuevo compuesto, preguntó:

- ¿Qué es esto?

- Un medicamento.

- Ya sé que es un medicamento, pero ¿con qué lo has hecho?

Salima, que no se había percatado de su reticencia y pensaba que la pregunta nacía de la curiosidad, se sentó a su lado a explicarle:

- Es un compuesto buenísimo para sanar los dolores de vientre, yo misma lo he hecho. Cogí una medida de escoria de hierro limpia y la metí en vinagre del bueno; lo cambié de vinagre siete veces y luego lo maché. Cogí un poco y le añadí clavo en polvo, gengibre mezclado con miel y lo puse a macerar con almizcle y ámbar. Y si Dios quiere con esto se curará.

(...) A pesar de que a los cinco días se levantó restablecida, y de que a todos les pareció que estaba mejor que cuando llegó al Albaicín, ella estaba convencida de que se había curado porque Dios había vencido a aquella mujer que estaba poseída por el demonio o era un genio" (pp. 265-266).

Poco a poco su clientela se fue ampliando, debido a sus conocimientos y a su generosidad en la práctica de la medicina:

"En su mano estaba la curación, y en sus tratamientos, beneficio para el cuerpo y para el alma. Eso decía la gente. Y como Salima había heredado la nobleza y la generosidad de Abu Yáfar, no rechazaba a quien llegara a hacerle una consulta aunque no poseyera nada que darle a cambio de su ciencia. Tal vez fuera por eso -pensó Hasan- por lo que la gente la colmaba de dinero cuando había dinero, y de aprecio lo hubiera o no lo hubiera" (p. 301).

2. 3. Su aniquilación por la Inquisición

La mente reflexiva de Salima, su amor a los libros, su afán por buscar remedio a la enfermedad y su práctica de la medicina llevaron a la Inquisición a acusarla de brujería y a condenarla a morir en la hoguera. Todo el proceso, que se iniciaba con la detención, para seguir con los interrogatorios y la tortura y culminar en el auto de fe y la ejecución de la sentencia, será vivido por Salima como una pesadilla que en vano intentaba comprender.

Antes del regreso de Saad, Salima es detenida. Registran su casa, en especial su habitación, se llevan sus frascos, hierbas y libros, y a ella la meten en un cesto, por miedo a tocarla. A solas en su celda tras el interrogatorio, Salima recordaría ese momento:

"El juez la acusaba de tener tratos con un macho cabrío y la censuraba por un pedazo de papel insignificante. Pero los que fueron a prenderla se comportaron de un modo aún más extraño. Uno de ellos hizo amagos de enredar con los libros y, cuando ella alargó la mano para impedirselo, dio un salto aterrado y gritó con todas sus fuerzas: '¡No me toques!', como si ella fuera una culebra o un alacrán cuyo contacto fuera fatal. Luego la ataron como si fuese un toro bravo y la metieron en un cesto" (p. 330).

Salima había sido conducida ante el Tribunal tras un vejatorio reconocimiento físico, que también recordaría en su celda:

"Antes de que la condujeran ante aquellos tres inquisidores, la llevaron a una mujer como un gigante, corpulena y severa, que le cortó el pelo y le ordenó quitarse la ropa, toda, hasta quedar desnuda como su madre la trajo al mundo. Después la mujer comenzó a inspeccionarla palpándola bajo las axilas, entre los muslos, en los orificios de la nariz, en la boca y en las orejas, en la vagina y en el ano. Pero ¿qué estaba buscando? ¿Se trataba de una broma? ¿De una locura?" (pp. 330-331).

La hacen entrar ante el Tribunal de espaldas, para luego ordenarla que se dé la vuelta. Entonces se encuentra a los tres inquisidores, escrutándola con sus duros semblantes. El presidente lee el acta, fechada en 1527 en la plaza de Bibarrambla, en la que se la acusa de brujería, como dice en este fragmento:

"(...) Da comienzo el proceso de lo que hasta nuestro conocimiento ha llegado sobre Gloria Álvarez, antes llamada Salima Bint Yáfar, acerca de que practicaba la magia negra y de que en su casa se adquirían semillas, plantas y filtros sospechosos que usaba para mal de la gente. (...) Y sus prácticas la hacen culpable de un delito de amenaza a la Santa Madre Iglesia y a la seguridad del Estado" (p. 323).

En ese momento es cuando Salima se entera de la acusación que pesa sobre ella,

y por eso escucha con avidez, pensando aún que podría defenderse:

"Salima concentraba toda su atención a fin de que no escapara a su entendimiento ninguna palabra castellana" (p. 323).

Tras jurar sobre la Biblia que diría la verdad, comienza el interrogatorio, en el que todo lo que ella dice, cargado de lógica, será distorsionado por el Tribunal del Santo Oficio para que sirviera de confirmación a sus acusaciones. La primera "prueba" sería que había tenido una hija con el diablo.

"- ¿Tienes hijos?

- Sí.

- ¿Cuántos?

- Sólo una niña.

- ¿Cómo se llama y qué edad tiene?-

- Se llama Esperanza y tiene tres años.

- ¿Y no acabas de decir que tu marido se fue de casa hace seis años?

- Volvió en una ocasión, nos reconciamos, y luego se fue otra vez.

Los inquisidores volvieron a intercambiar la misma mirada, esta vez con un brillo añadido en los ojos del joven inquisidor que se sentaba a la derecha del juez" (p. 325).

Salima se da cuenta de que no ha acertado en sus respuestas, sensación que se irá acrecentando poco a poco y sumiéndola en la perplejidad. Aún así, sigue aferrada a la lógica y la prudencia. La segunda "prueba" de que practicaba la magia negra son las hierbas, pócimas y libros hallados en su casa; y el hecho de haber aprendido medicina por su cuenta es otra "prueba" de su trato con el diablo:

"- ¿Practicas la magia?

- No la practico.

- ¿Cómo explicas entonces las pruebas acusatorias que había en tu casa?

- Son semillas, hierbas y pócimas con las que preparo remedios para curar a los enfermos.

- ¿Y quién te ha enseñado eso?

- Aprendí yo sola.

- ¿Tú sola, o con libros?

Salima calló un instante antes de responder:

- ¿De dónde iba a sacar yo los libros? Yo no sé leer castellano y los libros en arábigo están prohibidos por la ley.

- ¿Y los libros que hallamos en tu poder?

- No son míos ni de nadie de la casa. No tenemos libros ni compramos libros.

- Entonces, ¿reconoces practicar la magia, así como que fue Satanás quien te enseñó a fabricar eso que tú llamas remedios?

- No he dicho eso.
- ¿Acaso no crees que existe la magia, que existen las brujas capaces de levantar tempestades, de malograr el ganado, de hacer mal a la gente sembrando en sus cuerpos la enfermedad y la ruina?
- A mi entender todas esas cosas, y me refiero a las tempestades, la muerte del ganado y las personas, tienen causas naturales que tal vez ignoramos, pues nuestro conocimiento como personas, como humanos que somos, es deficiente. No, señor, no creo que existan las brujas" (pp. 325-326).

También confirman la acusación de brujería tres testigos que dicen odiarla porque les ha causado mal con sus artes. Y de nada sirve la sopesada respuesta de Salima a estas acusaciones:

"- Del primer hecho no me acuerdo. Bien puede ser que una persona te trate mal o te hable con malos modos y le digas: 'No me hables de esa manera'. Pero yo no recuerdo cuándo dije eso ni a quién. El que enfermara esa noche precisamente es pura casualidad. El segundo hecho es cierto porque esa mujer, que me crucé en la calle y que era cristiana nueva, o sea, morisca como yo, me dijo: 'No sé por qué no se me mueve la criatura en el vientre'. Yo le puse la mano y estimé que el niño debía estar muerto en la matriz, pues no había señal alguna de movimiento pese a que la hinchazón de su vientre confirmaba que se hallaba en las semanas últimas de la gestación. Mi estimación fue correcta, pues la mujer murió porque el niño muerto que llevaba dentro le emponzoñó el cuerpo. Por lo que respecta al tercer hecho, también es cierto. Una mujer castellana vino a verme llorando y me pidió que la acompañara por hallarse su hijo pequeño muy enfermo. Y a despecho de mi hermano, que no quería que fuera a casa de unos extraños a los que no conocíamos, yo la acompañé. Cuando llegamos encontré al niño desangrándose, demacrado y con las uñas azules. Estaba agonizando. Estimé que la hemorragia debía de estar en los intestinos, y que ya no podía hacer nada para salvarlo.

- ¿Reconoces pues que practicas la magia?
- He dicho que no creo en la magia" (pp. 327-328).

El Tribunal presenta como "prueba" irrefutable de sus tratos con el demonio un dibujo que Salima había hecho de su querida gacela:

"Ella lo miró. Tenía dibujada una oveja o una gacela. Después de haberlo observado recordó:

- Es un dibujo. Modesto porque yo no dibujo muy bien (...).
- ¿Reconoces entonces que este dibujo es tuyo?
- Yo tenía una gacela a la que tomé mucho cariño. Intenté dibujarla.

El juez se echó a reír, se rió a carcajadas y contagió la risa a sus dos compañeros y, tras ellos, al escribano:

- ¡Esto es un macho cabrío, no una gacela! (...). Sí, el macho cabrío que hizo que tu marido se fuera y te abandonara... ¡Es Satán, aquel para el que tú trabajas!" (p. 329).

Una vez que el Tribunal delibera, decide volver a interrogarla, para ver si se contradice y para añadir nuevas preguntas y ampliar la acusación, algo que las prudentes respuestas de Salima no podrán evitar:

"Había suscitado mayores sospechas cuando, al preguntarle el juez si recorría largas distancias de noche a lomos de una bestia voladora, ella respondió que no había oído hablar de más ser humano capaz de hacerlo que Mahoma, el profeta de los musulmanes. Cuando el juez le pidió que fuera más explícita y aclarase el sentido de sus palabras, ella habló de la bestia alada que transportó a Mahoma desde la mezquita de La Meca hasta otra mezquita idéntica en Jerusalem. Sin embargo, cuando el juez quiso saber si ella creía que aquello había ocurrido de verdad, eludió la cuestión diciendo: 'Yo he sido bautizada y ahora soy cristiana' (pp. 340-341).

Además, sus vacilaciones a la hora de afirmar o negar su creencia en el demonio agravan su situación, pues también será acusada de apostasía. Tras haberla interrogado y torturado, los jueces deciden someterla a la prueba de la verdad, como otro recurso para doblegarla, aunque paradójicamente el hecho de que la supere confirmará su veredicto:

"Cuando Salima agarró la barra de hierro al rojo con las manos y dio los pasos previstos, los inquisidores no llegaron a la conclusión, como cabía esperar tras haber superado una prueba de ese tipo, de que la acusada decía la verdad. Por el contrario, se afianzó su convencimiento de que se estaba apoyando en las fuerzas sobrenaturales de Satán, que la hacían capaz de soportar el dolor" (p. 340).

Por otro lado, cuando Salima volvía a su celda tras cada interrogatorio, se sumergía en una vorágine de sensaciones. La interpretación retorcida de sus declaraciones la hacía dudar al principio de si aquello era una pesadilla o si sus jueces estaban locos. Se sentía profundamente alterada ante tanta irracionalidad:

"Salima, sola en su celda, estaba aterrorizada porque no comprendía nada, nada de nada. Al principio creyó que iban tras Saad. Sin embargo, una vez terminado el proceso, supo que la buscaban a ella. Pero ¿por qué? Ella se dijo: me acusarán por haber dejado de ir a misa los domingos y fiestas de guardar. Pero el juez no aludió a nada de eso. Necesitaba un poco de lucidez mental para comprender, un poco de calma, ¿pero cómo y de dónde iba a llegarle esa calma, estando perseguida por la ignominia? (...). Se revolvió Salima, confusa entre el horror y la amargura, se rebeló con una furia que no

hubiera mitigado más que acabando con los inquisidores, con el escribano y la extraña mujer, partiéndoles la cabeza, machacándolos de una vez... Pero la humillación, ¿qué podría borrarla? (...). Podía reírse o llorar, o golpearse contra la pared y partirse la cabeza en vez de partir aquellas otras que estaban fuera de su alcance" (p. 331-332).

Más adelante, intenta no dejarse arrastar por sus emociones, controlar la situación, repasar lo ocurrido ante el Tribunal y pasar revista a su existencia, a su relación con la gente y con sus seres queridos, haciéndose preguntas sobre el más allá:

"Sola en su celda, Salima procuraba consolarse. No dormía porque, con los ojos abiertos y despierta, podía espantar las ratas y alejar aquella pesadilla que le hacía gritar horrorizada y que no conseguía apartar de sí estando dormida. No, no dormía. ¿Qué consuelo podía hallar que le hiciera todo más llevadero? (...)

'Salima Bint Yáfar', habían preguntado los inquisidores, '¿por qué te odia la gente?'. Mintieron. No habían preguntado a los albaicineros... ¿Serían capaces de mirarla a la cara mientras le prendían fuego? ¿Soportarían lo que soportó Abu Yáfar y ella fue incapaz de soportar el día en que quemaron los libros? ¿Y Aixa? Desterraba su imagen, su pensamiento, se alejaba corriendo de aquello que deja desarmados el cuerpo, el alma y la mente hasta conducirla a la locura. Corría hacia la imagen de su abuelo, el gran Abu Yáfar, que trazó la primera palabra en el libro.

(...) Nunca había tratado duramente a nadie, excepto a Saad. Pero, ¿por qué? Si lo había amado, y aún seguía amándolo... ¿Cuánto tormento te he dado, Saad! ¿Me perdonarás? Lo repetía sin saber si el aún seguía con vida o si habría llegado allá antes que ella. Y ese 'allá', ¿sería una ilusión o una realidad? ¿Se reuniría allá con su abuelo, con Saad, con el pequeño que se fue y con su propio padre? Si es que aquel allá existía... ¿Cómo reconocería a su padre? ¿Y cómo la reconocería él? No la reconocería porque la criatura que él dejó se había convertido en una mujer madura cercana a los cuarenta. Tal vez ella lo identificase por el parecido con Hasan. Pobre Hasan... Había querido proteger a los suyos, y la desgracia le había llegado de donde menos podía saber y esperar. Pero no estaba solo porque con él Moraima habitaría la casa y cuidaría de los niños, y cuidaría también de Aixa. Salima se hundió en el llanto, y se estremeció su cuerpo intentando con todas sus fuerzas contener los sollozos" (pp. 337-340).

Aún habiendo sido sometida a tormento, Salima no acepta humillarse y confesar, como pretendían sus jueces, que practicaba la magia negra. Por ello va serena al auto de fe, en el que se dictaría la sentencia que ya se imaginaba, dispuesta a defender su dignidad hasta el último momento:

"Salima se esforzaba por soportar el suplicio de caminar con los pies

hinchados, abotargados por efecto del tormento, y procuraba evitar que las manos amarradas a la espalda por las muñecas le rozasen una contra otra o con la ropa. Aún le dolían de haber agarrado la barra de hierro al rojo. No miraba a quienes la rodeaban, sólo la ocupaban sus pensamientos. La condenarían a muerte. ¿Por qué entonces no se estremecían de miedo las entrañas? ¿Por qué no gritaba presa del pánico o la rebeldía? ¿Sería porque deseaba la muerte, se la imploraba a Dios por haber llegado a un punto en el que se le mostraba como la liberación de un tormento que ni el alma ni el cuerpo podían ya soportar? ¿O porque se había entregado a los designios de Dios como los firmes creyentes a quienes la serenidad y la aceptación de sus corazones habían iluminado hasta en los instantes en que los designios de Dios no son comprensibles ni aceptables? O tal vez, lejos de todo eso, habría decidido, sin pensarlo ni preverlo, que no se traicionaría a sí misma gritando ni suplicando, ni siquiera temblando como los ratones en la trampa. No añadiría más humillación a la humillación. La cordura es la gala del ser humano, y el orgullo, elevación del espíritu. En su mano estaba ahora caminar como un ser dotado de alma, aunque caminara hacia la hoguera. En su mano estaba decir: 'Sí, soy Salima Bint Yáfar, y me crió un hombre honrado que hacía libros, cuyo corazón se abrasó el día en que vio cómo los quemaban, y tras eso se marchó en digno silencio. Y yo, abuelo, a la hora del tormento, grité, es cierto (...) Sin embargo, no dije nada de lo que puedas avergonzarte. Leí libros como tú me enseñaste, alivié el dolor de la gente en lo que pude, y soñé, abuelo, con ofrecerte un libro escrito de mi puño y letra en el que depositaría un compendio de cuanto leí y de los cuerpos que mis manos tocaron... Eso habría querido, si no hubiera sido por la prisión del tiempo, abuelo'" (pp. 343-344).

En el auto de fe, se lee su sentencia, en que se la condena a morir en la hoguera. En esa sentencia se señala la rectitud del Tribunal, su imparcialidad, su deseo malogrado de llevarla al arrepentimiento y la salvación eterna, y se recoge el delito por el que se la condena. Una vez dictada esta sentencia, Salima camina hacia la hoguera, intentando contener sus emociones y no dejarse influir por las variadas actitudes de los espectadores que se hacían en la plaza de Bibarrambla:

"El estrépito de las voces y el alboroto de la multitud concentrada golpea la cabeza de Salima como martillos (...) No quiere mirar a su alrededor, no quiere. Tiene miedo de los ojos, de los ojos castellanos que sonríen ufanos, preparándose para el espectáculo, de los ojos moros por los que el corazón se desborda en miradas compasivas y aterradas. No mira, pero escucha una voz que parece de Saad. No mira. Desatan alguna de sus ataduras y la empujan hacia los leños" (p. 346).

La autora no describe ya la escena de su muerte en la hoguera, pues la ha anticipado cuando Salima se la imaginaba a solas en la celda, enlazando el final

de la novela con el principio: al evocar la imagen de su abuelo que le inculcó el amor a los libros, siente que el ser humano es un libro maravilloso que puede ser aniquilado por la sinrazón y la intolerancia, como ocurrió con los libros quemados en Bibarrambla por orden de Cisneros:

"Imaginaba el momento: la atarían y empujarían hasta una plaza atestada de rostros expectantes que observaban cómo el fuego prendía en la leña y en ella... Igual que ardieron los libros... ¿Cómo pudo su abuelo Abu Yáfar soportar la visión de las llamas propagándose de un libro a otro, de una hoja a otra hoja que se enroscaba sobre sí misma como si quisiera protegerse del fuego? Y, sin embargo, el fuego seguía corriendo, comiendo, secando, resquebrajando, carbonizando... Y luego, nada, nada más que el polvo de las cenizas. ¿Y lo que estaba escrito en ellas? ¿Adónde iba lo escrito en ellas? Y el hombre, ¿acaso no es el hombre como una hoja escrita? Una sucesión de palabras cada una de las cuales remite a un significado. Y todas ellas en conjunto, ¿acaso no componen un bello manuscrito?" (pp. 337-338).

CONCLUSIÓN

Granada termina con la muerte de Salima en la hoguera y una escena de Moraima cuidando de Aixa, para enlazar con la segunda parte de la *Trilogía*. Pero en toda la novela *Radwà ʿĀšūr* nos ha ido ofreciendo un magnífico retrato de la vida cotidiana de los moriscos granadinos y de la gran riqueza de su cultura. Las figuras femeninas, casi siempre bien individualizadas, son a la vez arquetipos de la mujer morisca. La mayoría representa el tipo tradicional, que intenta mantener como puede sus creencias, ritos y costumbres. Y el extremo opuesto lo representa Salima, arquetipo de mujer rebelde, autoafirmativa y sabia, aceptada a duras penas por su propio entorno y aniquilada por la ignorancia y el fanatismo de la Inquisición.

La autora ha descrito el mundo femenino desde dentro, con una rica gama de sentimientos y acciones, y una Granada árabe en trance de desaparecer. Pero la novela no sólo remite a hechos del pasado, sino que es una metáfora del mundo en el que vive la autora, del mundo en el que vivimos todos nosotros. Con *Granada, Radwà ʿĀšūr* nos hace partícipes de su inquietud por la situación de la mujer árabe y por el avance de ese fanatismo oscurantista que rechaza la ciencia y puede acabar con la libertad individual y colectiva del mundo que la rodea.